

Del olivar al sol: transformación rural y tensión entre tradición y energía en Andalucía

Luis Angel Soto de Anda*

En el corazón del paisaje andaluz, especialmente en provincias como Jaén y Granada, el olivar no es solo una actividad económica: es historia, cultura y forma de vida. Durante siglos, este cultivo ha modelado el territorio, sostenido comunidades rurales y dado sentido a una identidad colectiva estrechamente ligada al trabajo de la tierra. Este vínculo va más allá de la producción agrícola, pues el olivar articula tradiciones, saberes y prácticas que conforman el tejido social de muchas localidades, siendo a la vez un pilar económico y un componente esencial del patrimonio cultural. Sin embargo, hoy ese paisaje emblemático está experimentando una transformación acelerada que abre un debate urgente sobre el futuro de lo rural, el uso del suelo y la tensión creciente entre tradición y modernidad.

En nombre de la transición energética, los extensos campos de olivos comienzan a ser sustituidos por grandes instalaciones de placas solares, una realidad que implica profundas consecuencias sociales, culturales y ambientales.



*Facultad de Turismo. Universidad Autonoma del Estado de México

España cuenta con 2,75 millones de hectáreas dedicadas al olivar, de las cuales más del 93 % están destinadas a la producción de aceite. Andalucía concentra 1,67 millones de hectáreas, es decir, casi el 61 % del total nacional (MAPA, 2025). En la provincia de Jaén, este cultivo ocupa un 83,3 % de la superficie agraria, no solo constituyendo el principal motor económico de la zona, sino configurando también un elemento estructural de su geografía social (IFAPA, 2015).

La importancia del olivar se refleja en las cifras: más de 350,000 agricultores vinculados a esta actividad, alrededor de 15,000 empleos directos en la industria agroalimentaria y cerca de 32 millones de jornales por campaña, según datos oficiales. Empero, la relevancia del olivar no se limita a lo cuantitativo; es, en palabras de García (1996), uno de los pilares de la economía campesina y de la cultura mediterránea, un componente fundamental de la identidad rural andaluza.

Este significado cultural ha motivado iniciativas como la candidatura de los “Paisajes del Olivar en Andalucía” a Patrimonio Mundial, un proyecto que busca reconocer y proteger la dimensión histórica, cultural y paisajística de este sistema agroproductivo (APOA, 2023). El olivo y sus cuidados, la cosecha manual, las almazaras tradicionales y el entorno construido conforman un acervo intangible que ha dado cohesión social y continuidad territorial a numerosas comunidades. Estas prácticas han configurado no solo la economía sino también el modo de vida, las relaciones interpersonales y el sentido de pertenencia a un espacio rural que ha sabido sostenerse a lo largo del tiempo.

No obstante, en los últimos años, este equilibrio se ha visto amenazado por un fenómeno creciente: la implantación masiva de parques fotovoltaicos sobre suelos agrícolas, muchos de ellos históricamente cubiertos por olivos. En provincias como Granada, organizaciones agrarias han denunciado la tala de más de 500,000 olivos para dar paso a megaproyectos de energía solar, un proceso que parece responder más a intereses empresariales que a una planificación territorial coordinada o consensuada (Jiménez, 2025).

Este tipo de proyectos ha generado alarma entre sectores agrícolas y ecologistas que advierten sobre la pérdida de soberanía alimentaria, el deterioro del paisaje cultural y el desplazamiento de prácticas tradicionales con un profundo arraigo local.



Los argumentos a favor de esta transformación apelan principalmente a la urgencia climática y la necesidad de acelerar la transición hacia fuentes de energía renovable. En efecto, el cambio climático es un desafío que requiere respuestas rápidas y contundentes para disminuir las emisiones de gases de efecto invernadero. No obstante, muchas voces reclaman que esta transición energética se realice de manera justa y equilibrada, respetando los territorios rurales y los modos de vida que en ellos persisten.

Como recuerdan Suárez y Tobasura (2008), lo rural no puede seguir siendo considerado como un espacio vacío o atrasado, sino como un tejido social con valores propios, históricamente subalternizado por políticas urbanocéntricas y por lógicas extractivas que reducen su potencial a meras materias primas.

La realidad demográfica y económica del campo andaluz contribuye a explicar la dinámica actual. Muchos agricultores optan por alquilar sus tierras a empresas fotovoltaicas debido a la falta de relevo generacional, la baja rentabilidad del olivar tradicional o el agotamiento físico y económico que implica su mantenimiento.

Según datos de Eurostat, el 55 % de los propietarios agrarios en Andalucía tienen más de 55 años y carecen de apoyos suficientes para continuar con la actividad (Cooperativas Agroalimentarias de Andalucía, 2023). A pesar de iniciativas exitosas que han formado a más de 70 jóvenes, con un 40 % de mujeres incorporadas a cooperativas agrarias, el problema del envejecimiento rural y la falta de perspectivas sigue siendo un desafío estructural.



Lo que podría parecer una solución económica para propietarios sin relevo generacional oculta profundas transformaciones en el desarrollo rural. El alquiler de tierras para parques solares implica la pérdida de suelo agrícola, la disminución del empleo agrario y el riesgo de vaciar social y productivamente los pueblos. Además, al estar en manos de grandes empresas externas, los beneficios rara vez se reinvierten localmente, profundizando la desigualdad territorial.

Este escenario abre interrogantes clave sobre la sostenibilidad social y territorial de la transición energética en áreas rurales: ¿es viable avanzar en esta transición desarticulando territorios agrícolas con profundo arraigo histórico y cultural? Más que rechazar las energías renovables, el debate cuestiona su forma de implementación, exigiendo un modelo justo, participativo y respetuoso de las comunidades. Como expresan muchas voces rurales: “renovables sí, pero no así”.

Ante esta situación, han surgido propuestas como la agrovoltaica, que combina producción agrícola y generación energética mediante placas solares elevadas que permiten el cultivo o pastoreo. Además, se plantea la necesidad de una planificación integrada y criterios de justicia territorial que garanticen la participación real de las comunidades rurales y valoren el patrimonio agrícola, el paisaje y las dinámicas sociales locales.

Los expertos coinciden en que el desarrollo de energías limpias no debe reproducir esquemas extractivos en los que el campo es reducido a mero soporte para infraestructuras. Para avanzar hacia una transición energética realmente sostenible, ésta debe construirse desde el territorio, respetando los tiempos, las voces y las capacidades de quienes habitan y cuidan el entorno.

Tal como expresan los defensores de la candidatura del olivar a Patrimonio Mundial, “no se trata solo de proteger árboles, sino de preservar una forma de estar en el mundo” (APOA, 2023). Esta perspectiva evidencia que el olivar no es simplemente un cultivo, sino un modo de vida, una memoria colectiva y un patrimonio vivo que merece ser salvaguardado frente a la presión de modelos de desarrollo que priorizan la eficiencia sobre la justicia social y cultural.

La tensión entre olivos y placas solares en Andalucía trasciende la disputa por el uso del suelo; es reflejo de una crisis más profunda sobre cómo entender lo rural, el desarrollo y la sostenibilidad. Reducir el campo andaluz a simple soporte técnico para la energía es correr el riesgo de despojarlo de vida, cultura y sentido. El olivar, entonces, se vuelve advertencia y símbolo: el porvenir de lo rural no se mide solo en megavatios, sino en la capacidad de armonizar modernización e identidad.

En conclusión, la transición energética debe ser una oportunidad para revitalizar el mundo rural desde sus propias raíces, reconociendo su riqueza cultural, social y ambiental. Solo una transformación que conjugue innovación con justicia y respeto por las comunidades permitirá construir un futuro habitable, digno y sostenible para quienes hoy llaman hogar a estos paisajes.



Asociación de los Paisajes del Olivar de Andalucía – APOA. (2023). Paisajes del Olivar de Andalucía: Historia milenaria de un mar MAPA de olivos. Propuesta de inscripción a la Lista del Patrimonio Mundial. Diputación Provincial de Jaén.

Cooperativas Agro-alimentarias de Andalucía. (2023). Nuevas generaciones para garantizar el futuro del campo andaluz. <https://www.agroalimentarias-andalucia.coop/servicios/jovenes/nuevas-generaciones-para-garantizar-el-futuro-del-campo-andaluz>

García, B. (1996). La sociedad rural antes del Siglo XXI. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Secretaría General Técnica.

Instituto de Investigación y Formación Agraria y Pesquera – IFAPA. (2015). Relevo generacional en el sector agrario andaluz: diagnóstico y propuestas. <https://www.juntadeandalucia.es/agriculturaypesca/ifapa/servifapa/registro-servifapa/5fb0117f-8b24-4928-8fbc-dddb6871395b/download>

Jiménez, B. (2025). VOX denuncia «la tala indiscriminada» de 500 000 olivos en Granada para instalar placas solares. OKdiario Andalucía. <https://okdiario.com/andalucia/vox-denuncia-tala-indiscriminada-500-000-olivos-granada-instalar-placas-solares-14737958/>

Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación – MAPA. (2025). Aceite de oliva y aceituna de mesa. <https://www.mapa.gob.es/es/agricultura/temas/producciones-agricolas/aceite-oliva-y-aceituna-mesa/aceite>

Suárez, N. & Tobasura, I. (2008). Lo rural. Un campo inacabado. Revista Facultad Nacional de Agronomía – Medellín, 61(2), 4480–4495.

El presente artículo fue elaborado en el marco del Programa “Investigadoras e Investigadores del Consejo Mexiquense de Ciencia y Tecnología” (2025), en su modalidad Cátedra (folio: CAT2024-0083). Agradezco al Consejo Mexiquense de Ciencia y Tecnología (COMECyT) su compromiso con la promoción del conocimiento y el fortalecimiento de la comunidad científica en el Estado de México.

De igual forma, extendo mi agradecimiento a la familia Gallegos López por el apoyo y la hospitalidad brindados durante el desarrollo de este trabajo”.